

diendo en esta última década, por ver si hallo en ella datos que puedan servirnos y servirme de algo. Hace 10 años me encontraba en Grecia, tras haber finalizado mis estudios universitarios, referidos al mundo griego. En aquel tiempo se tenía la necesidad de dejar atrás los claustros universitarios, si bien me apenaba saber que nunca más volvería a ser universitario; en aquel viaje a Grecia, decidí dedicarme plenamente a la literatura.

Tenía tiempo de sobra. Se trataba, simplemente, de empezar a escribir una novela de una maldita vez. Una novela, sí; pero cómo. Vuelvo a aquel verano griego, en el que ciertas ideas respecto al oficio de novelista, que permanecían oscuras, se fueron aclarando en mí, creándome una euforia que hasta entonces desconocía; veía los templos y la estatuaría griega de la época clásica y creía darme cuenta de sus características esenciales. Estas comenzaban a ser ya el punto de mira desde el que empezara a descubrir lo que yo quería hacer en novela. En Atenas, paseando por las ruinas del Agora y del Teatro, recordaba lecturas de Sófocles y Platón, y creía que sus obras se caracterizaban por la fusión de dos elementos enemigos sólo en apariencia: la claridad y la ambigüedad. Pero esas dos nociones aparecían fundidas, sobre todo en las estatuas griegas vistas al natural, en su propio medio y bajo el mismo sol que cayó a plomo sobre la cabeza de Fidias. Las estatuas griegas se distinguían por su rotunda claridad formal y por su ambigüedad de fondo; hombres

de perfiles ligeramente suavizados, feminizados, mujeres de siluetas ligeramente endurecidas, virilizadas; eran imágenes ambiguas, pero no eran imágenes confusas, como tampoco eran imágenes evidentes, y ya se sabe que la evidencia es hermana gemela de la vanalidad y a su vez prima hermana de la vulgaridad y sus innumerables hijas. Tengo la impresión de que en Grecia pretendían poner de verdad dos parejas de categorías, que de pronto me parecían rigurosamente irreconocibles; a un lado estaban la claridad y la ambigüedad y al otro, la confusión y la evidencia. Ahora me parecía que la claridad unida a la ambigüedad habían sido a menudo la característica del buen arte o por lo menos del arte que a mí me conmovía y me ayudaba a vivir, como por otra parte la confusión unida a la evidencia habría sido siempre el requisito de un arte que yo despreciaba, del bodrio artístico para no andarnos por las ramas. Ahora, quiero poner un ejemplo para que esto no resulte demasiado confuso. Coger cualquier novela que os haya impresionado profundamente, por ejemplo *La muerte en Venecia* o *El gran Gatsby*, son dos novelas de una absoluta claridad formal; dos novelas ambiguas, porque están diciendo lo que no dicen y porque siempre queda al fondo algo inexplicable, un misterio; es decir, son claras y a la vez ambiguas; por otra parte tomar cualquier película pornográfica de las que echan en los cines baratos y con las que ahora nos premian las televisiones de este país y ve-

réis que son, en un sentido, absolutamente confusas, es decir, no hay argumento o es un argumento absolutamente disparatado y diluido, y por otro lado, son evidentes, vanales.

Oscar Wilde, Nietzsche

Oscar Wilde decía: “Todo lo que es moderno en nuestras vidas nos viene de Grecia y todo lo que es anacrónico de la Edad Media”. Nietzsche: “Desconfiad de los que enturbian las aguas para que parezcan más profundas”. Pero veamos... ¿Qué es lo que podemos llamar propiamente modernidad en nuestras vidas? Ahora mismo, sólo podríamos considerar moderno todo aquello que se diferencia claramente de lo que ha evidenciado la norma de este siglo, que ha sido en río revuelto, con su inevitable ganancia de pescadores. Si esa ha sido la tradición de todo un siglo, ahora seguir esa norma sería lo tradicional y en modo alguno lo nuevo. Lo nuevo, lo diferente, tendría que ser algo ajeno al río revuelto y a las aguas turbias. Obras por lo tanto claras y al mismo tiempo obras capaces de soportar varias lecturas y varios sentidos, capaces por tanto de movilizar la conciencia del lector: “Se trataría simplemente de volver a intentar la aventura clásica: claridad, profundidad y polivalencia”.

Clasicismo y modernidad

En distintas épocas históricas, autores como Petrarca, par-